

los napolitanos, y enemigo de Prusia en donde el movimiento constitucional era muy intenso. Dicho se está, pues, que á Castlereagh le pareció bien lo que hizo Fernando VII en España y que á punto estuvo, de acuerdo con Wellington, de caer sobre la América española para abolir sus gobiernos constitucionales.

Castlereagh pudo atreverse á tanto, siendo el ministro de un país cuyas instituciones querían implantar los pueblos de Europa en el continente, porque le cubría el respeto de la victoria y la gloria de Wellington, pues de lo contrario, hubiera caído ante la oposición de los liberales y las tremendas invectivas de Byron que le acusaba de haber prolongado y extendido por Europa las cadenas que otros habían fabricado.

Entregado Nápoles al buen querer del rey, que ahora se llamaba Fernando I, como rey de las Dos Sicilias; como todo lo que había pasado hacía á Fernando prudente, y como el ideal suyo era su pariente, de Francia, de quien se contaban maravillas hasta por odio á su sucesor en quien se fundaban todas las esperanzas de los ultras, lo mismo que en Nápoles, en donde el perverso y falso duque de las Calabrias era el punto de mira de los absolutistas, sus repugnancias á toda represión, sus protestas en favor de una libertad bien entendida acabara por hacerle popular subiendo su popularidad de punto el día que anunció que iba á cortarse la coleta para dar gusto á los liberales. En fin, con sus protestas y gazmoñerías acabó por atraerse á su lado á Guillermo Pepe, que era como reconciliarse con los liberales y con el ejército napolitano.

Los ministros hacían la política del rey que era la suya. Médici llegó á convencer al mismo Pepe, de que era constitucional, pero en medio de estas protestas, el régimen de lo arbitrario hacía su camino. Si el rey no disponía que se devolvieran á los emigrados sus bienes vendidos, el rey se hacía devolver *velis nolis* los bienes del real patrimonio que los reyes franceses habían dado á sus magnates, ó hacía revisar tal cual proceso que le convenía mientras negaba la revisión completa y total como se hacía en Turín: por consiguiente, esa paz, ese orden interior, esa pacificación de Nápoles, se obtenía á condición de dejar al rey que hiciera su capricho, si se hubiese tratado de sujetarle á una disciplina, entonces el rey Fernando I hubiera sido otro hombre. En suma, si en España habíamos llegado al ideal del despotismo ilustrado, en Nápoles se había llegado al del oscurantismo ilustrado.

Fernando I en Nápoles, se encontró además con

una cuestión análoga á la que tuvo que resolver Luís XVIII en Francia y que le produjo los Cien días. La cuestión del ejército, pues en Nápoles el ejército había sido muratista ó francés durante diez años, y sus generales y sus jefes eran todos liberales ó constitucionales. ¿Había de ser posible á Fernando I lo que no lo fué á Luís XVIII? De ningún modo, por esto desde el primer momento, el rey no se rodeó sino de sus fieles, á ellos confió su guardia, puso en sus pechos la medalla de la fidelidad, se contaron los años de su permanencia al lado del rey por campañas, mientras se negaban á los muratistas sus campañas reales y positivas. Unase á todo esto el haber puesto al frente del ejército napolitano á un general austriaco encargado de reorganizarlo y se tendrá la medida de su descontento. De modo, que las ideas por un lado y las pasiones é intereses militares por otro, iban á converger á un solo punto, al de una conspiración militar, á cuya cabeza se pusieron Carascosa, Ambrosio, Filangieri y Pepe, á quien llamaba ya Murat «el salvaje tribuno.» La conspiración estaba tan latente que cualesquiera otros que los satisfechos ministros napolitanos, la hubieran notado y sentido latir, pero ni ellos ni A'Court creían nada ni aún en 1820, cuando la revolución de España estremeció á Italia de Norte á Sud. Sin embargo, el embajador ruso Orlov, hizo con tiempo sus amonestaciones al gobierno, pero Médici le tranquilizó diciéndole, que sus esbirros le bastaban para conservar el orden.

Si pues, con tales elementos se conservó el orden, dígame que se debió á los diez mil austriacos que, durante tres años, ocuparon el reino de Nápoles como vanguardia de un ejército numeroso caso de necesidad. Pero, triste es decirlo, y la experiencia, sin embargo, lo ha probado, el brigandaje es siempre una consecuencia de ese estado de cosas.

El brigandaje tenía ahora por elementos en el reino de Nápoles, todas las pasiones no satisfechas, todos los rencores, todas las indignaciones y todo lo que resulta de un mal gobierno, de un gobierno sin freno y sin más ley que su capricho. Aquí conviene oír al mismo Gervinius, cuyas profundas observaciones son de gran enseñanza para España que vió renacer el bandolerismo, los secuestradores de Andalucía y los agentes electorales de los conservadores, con la Restauración borbónica.

«Véase, hasta en los países más civilizados, como una consecuencia ordinaria de una época agitada por la guerra, el que, durante todavía mucho tiempo, la paz que se acaba de restablecer continúa perturbada de una manera extraordinaria, por frecuen-

tes desórdenes producidos por un humor batallón, por actos de brigandaje y por la sed de sangre que excita á unos ciudadanos contra otros. En el reino de Nápoles, por este tiempo, se veía como se organizaba una guerra de todos contra todos, y esto con una perfección en la ejecución que demostraba á primera vista, que el pueblo estaba bien ejercitado para ella y que estas escenas tenían lugar en el suelo clásico de la anarquía. Producíase esta guerra en proporciones tales, que esas perturbaciones no quedaban limitadas á casos aislados, como actos de la vida privada, sino que se trataba de sectas y de bandas, de pequeños Estados en el Estado, que se ponían en hostilidad abierta con toda la sociedad del reino. Una tan profunda desorganización, hacía que algunas clases del pueblo y algunas partes del Estado, se armaran unas contra otras, lo que había estado en la orden del día durante la Edad media, desorganización que mientras existió, mantuvo al Estado en una gran debilidad interna, que daba por consecuencia mantener á su vez esa misma profunda desorganización.

»En donde el absolutismo siguió las inspiraciones de un sentimiento nacional y en donde pudo formar, con ayuda de las clases medias, por consecuencia de sus intereses comunes, una potencia y una masa homogéneas que se convirtieron en el centro político del país, esto lo puso en estado á su vez, de poder poner fin á ese desorden que resultaba de la existencia de varios Estados en el Estado. Preparó en este caso el absolutismo un conjunto político, en el sentido más elevado de la palabra, en el cual el individuo siente que forma parte de todo y en el que consagra todas sus fuerzas al bien público, al desenvolvimiento de la vida común del pueblo y al del honor nacional más elevado. Pero en donde quiera que el absolutismo no ha empleado más que fuerzas estériles para comprimir por igual á todas las clases, para identificar al Estado en el gobierno y para ahogar el desenvolvimiento cívico y nacional, como sucedió en Austria, en este caso, las consecuencias ó efectos son otros.

»En efecto, en este caso, los individuos son enervados por los placeres, ó bien, si han estado atados á la máquina gubernamental, se han visto reducidos á hacer una guerra mezquina y egoísta al Estado para explotarlo; actitud hostil vis á vis del gobierno que se ha convertido en una resistencia común, hecha por todas las diferentes razas á la influencia de un poder central, tan pronto este ha aflojado en sus rigores.

«Pero es, sobre todo, allí en donde los restos de-

generados de la Edad media han continuado subsistiendo; en donde el gobierno central es débil; en donde las consecuencias del régimen feudal no cesan de hacer sentir su influencia y en donde no ha sido posible formar una clase media, en donde ha reinado constantemente ese estado de anarquía interior, y esto, bajo las formas más bárbaras. Las guerras entre las comunas rurales de Cerdeña; la hostilidad poco patriótica que dividía las diferentes ciudades de Sicilia; el odio que separaba las provincias de España unas de otras; la inclinación de los italianos para las sociedades secretas; la fuerza que el brigandaje adquiría en todos esos países, todo esto no son más que fenómenos que provienen de unas mismas causas, y que por todas partes caracterizan una misma situación.

»La debilidad demostrada por los gobiernos de todos esos Estados se añadía al capricho y á lo arbitrario del poder que, al disponer de los hombres y de las cosas, no respetaba las leyes ni tenía cuenta de nadie. Fué de este modo como las clases bajas del pueblo, presas de una pobreza cada día más grande y de una desesperación profunda, imitando lo que se hacía en las altas clases ó bien para vengarse de ellas, se vieron obligadas á seguir el mismo sistema al que se acostumbraron muy pronto; es decir, menospreciaron las leyes, dispusieron, por medios violentos, de la propiedad y de la vida de sus conciudadanos y declararon la guerra al Estado y á la sociedad.

»Háse observado que lazos extraños, simpatías vivas ó secretas existían entre gobiernos despóticos también débiles y con elementos de anarquía, entre esos dos adversarios de un Estado bien ordenado, como se encontraban en las esferas más altas y las capas más bajas de la sociedad. Pero este hecho no descansa sino sobre la identidad de los principios seguidos por ellos, y no es más extraordinario que la inteligencia que existe entre la nobleza feudal y el proletariado, entre la jerarquía y la mendicidad, ó bien en la perfecta igualdad de nivel de instrucción, tal como se encuentra en los Fernandos de esta época y en sus *lazzaroni* y en sus *camereros*.

»Es en ese mismo principio en donde hay que encontrar la explicación del hecho de que en todos esos países se pronuncia el nombre de *forbante* con un gran respeto, teniéndose por muy distinguido y considerado el oficio de *Klephite*, de *bandolero* ó de miembro de la *comitiva dei fuorusciti*, «de los que están fuera de la ley.» Por consiguiente, el gobierno del Estado los trata bastante á menudo, bajo un pie de igualdad completa, como enemigos con los cuales



se está en guerra, y así está siempre dispuesto á hacer gracia á los que se arrepienten, á recibir á los desertores, á armarlos contra sus antiguos compañeros de armas y á concluir tratados con ellos como con verdaderas potencias.

»Durante los tiempos de la conquista francesa, se vió,—1799,—al gobierno de Nápoles hacer tratados con los brigantes, de la misma manera que llenaba de honores y colmaba de recompensas á los filibusteros que tenía á sus órdenes durante la ocupación extranjera. Tanto cuanto Napoleón había demostrado su sagacidad, reconociendo que el origen ó continuidad de esa inclinación por las revueltas y por los tumultos se encuentra en las vacilaciones y com-

placencias de los gobiernos, otro tanto habían demostrado las clases bajas del pueblo napolitano reconociendo á su vez, que al acercarse las armas francesas, sus intereses y su puesto estaban del lado de los adversarios de Napoleón. La misma situación que, entre los españoles más enérgicos, creaba partidas de guerrillas y la guerra de guerrillas, hizo nacer, en el reino de Nápoles, la facción de los brigantes que se cubrían con la bandera de la causa real; que se disfrazaban con el nombre de sanfedistas, y que, por medio de los subsidios ingleses, continuaban su guerra contra la sociedad, bajo un título más honroso y de una manera más terrible.»

Durante la ocupación francesa el general Menches



VILKIE, pintor inglés

dió buena y rápida cuenta del bandolerismo napolitano, pero tan pronto principió á vacilar el trono de Murat, la gente del brigandaje reapareció en la provincia de Otranto. Acosados y perseguidos muchos de ellos fueron á parar á las cárceles, de donde les sacó la amnistía de Fernando I, y dicho se está que éste al no distinguir entre políticos y bandoleros demostraba bien á las claras que había visto en los bandoleros unos partidarios indirectos. Lo mismo ha sucedido en estos días en España en los que hacían elecciones de diputados á Cortes en Andalucía. Así protegidos, pues, los bandidos napolitanos, procedieron á organizarse militarmente formando tres sectas diferentes que se llamaron «Patriotas europeos,» «Filadelfios» y los «Decididos,» llegando á tener pueblos enteros á su devoción, y á más de cuarenta mil hombres sometidos por el temor.

La impunidad asegurada al crimen hizo que bien pronto se necesitaran más de mil hombres para acompañar el correo, que se empleara á las tropas para que se pudiera ir por las carreteras, y que en

las provincias lejanas de la capital no pudiera salir nadie al campo sin permiso de los bandidos ó sin ir acompañados de una fuerte escolta. En 1817 se contaron en los tribunales más de cinco mil órdenes de arresto sin poderse cumplir. Populares llegaron á hacerse entonces Caliguri, el abate Grottaglia y los Vandarelli, con quienes el gobierno en 6 de Julio de 1817 firmó un compromiso por el cual se les perdonaban todos sus crímenes á condición de que se pondrían á las órdenes del Estado para perseguir á los malhechores públicos, dándose al jefe, á Caetano, doscientas ochenta pesetas de sueldo al mes que entonces equivalían á quinientas. Lo que desde este momento se hizo, imitando al gobierno, por los jefes militares de provincia, no es para contado. El puñal, el veneno, las partidas de bandoleros armadas unas contra otras, todo lo que la imaginación puede concebir, todo se hizo para acabar con el bandolerismo que renacía cuando más espirante se le estimaba.

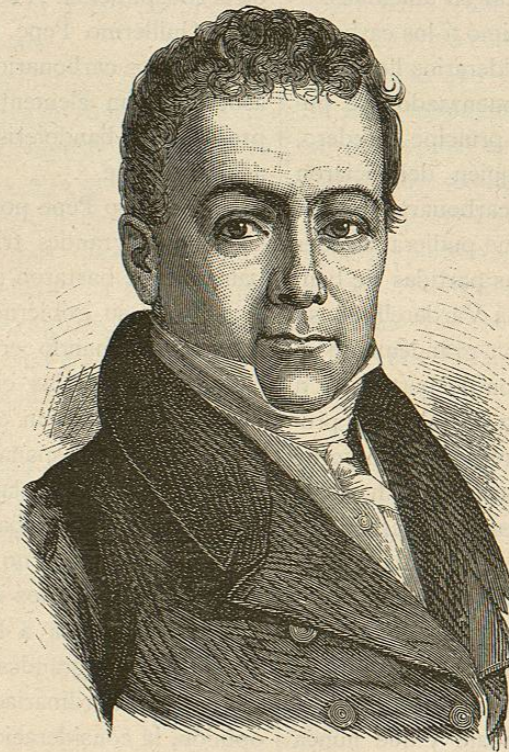
Añádase á este estado de agitación pública el creado por las sociedades secretas.

Las carbonarios llegaron á hacerse tan célebres como los bandoleros, si bien en otro sentido.

Háse demostrado y Gervinius expone las razones, por las que las sociedades secretas están en predilección en los países gobernados por el clero. Allí el ejemplo de esas corporaciones eclesiásticas sin cesar trabajando para su fin por medios no conocidos y sobre los que nada quieren saber las leyes, produce en los laicos, en los que no sienten vocación para la vida religiosa, iguales deseos de tener sus conventos

y sus misterios. Hé aquí por qué la masonería ha podido desarrollarse y llegar á ejercer una acción en los países católicos, mientras en los países protestantes es más difícil, y si hoy en ellos se muestra poderosa es porque la masonería en ellos ha dejado de tener fines políticos ó mejor trascendentales.

Estiman los mejor enterados al carbonarismo como una rama de la masonería, pero sucede que no se ha podido averiguar aún hoy, cómo ni cuándo, ni en dónde nació el carbonarismo, que se cree sin



OUVRARD

embargo fundado en Capua en 1807 por los oficiales de un batallón suizo al servicio de Francia. El carbonarismo lo llevaron á Alemania en 1799, según Culleta, los napolitanos. Pero la Carbonería en Italia no tiene una historia y una significación clara sino á contar de 1811, que es cuando se revela como una asociación para libertar á la patria del yugo extranjero, como la *Tugendbund* de los alemanes. Formáronla las clases medias en uno y otro país y Napoleón las conoció y sintió sus efectos. Cuando la cuestión política se declaró, los carbonarios se hicieron constitucionales, y contra Murat lo mismo que contra Fernando se levantaron los carbonarios pidiendo una constitución. Murat los hizo perseguir por el hermano de Pepe que empleó contra ellos el terror.

Con la restauración borbónica la Carbonería pudo

darse por muerta, su fin parecía que quedaba conseguido y si no se disolvió, se quedó dormida como se dice en la secta. Pero despertó y despertó de una manera terrible al nombrarse jefe de policía al príncipe de Canosa que en los años de la Revolución disgustó á los republicanos y realistas: á los primeros por demasiado monárquico y á los segundos por demasiado demócrata. Siguió luego á la corte á Sicilia y desde allí lanzó sobre el reino de Nápoles, de acuerdo con la reina Carolina, las terribles gavillas de *Fra Diavolo*. La corte pudo creer que este era el hombre que necesitaba para acabar con los bandidos y los conspiradores, pero Canosa si conocía lo que era todo esto prácticamente, no tenía ni instrucción, ni capacidad alguna para ser el jefe de policía que necesitaba el reino de Nápoles, y la verdad es que, siguiendo el ejemplo que ya le había



dado el gobierno se apoyó en los calderarios para acabar con los carbonarios que no le habían de dar cuidado alguno. Entre estos circuló que se habían repartido veinte mil fusiles á los calderarios, y desde este momento todo el mundo no pensó sino en armarse para resistir á las agresiones del ministro. Lo probable es que todo se abultara y se exagerara de uno y otro lado, pero la agitación fué grande, los embajadores de las potencias extranjeras intervinieron y Canosa fué destituido, — 21 de Junio de 1816, — á los seis meses de estar en funciones.

Esta victoria de la opinión animó á los carbonarios, las denuncias contra los calderarios llovieron, y éstos al verse perseguidos y amenazados se pusieron resueltamente detrás del príncipe heredero, del duque de las Calabrias, á quien denunciaron como su jefe. Público esto, los carbonarios se fueron buscando alianzas para lo que pudiera suceder y las establecieron con las mismas partidas de bandidos, llegando hasta á recibir á Vardarelli en su seno. Estas alianzas perjudicaron grandemente el concepto de la Carbonería, dejaron de pertenecer á ella las personas de reputación y de talento y progresistas en política, pero en cambio el número de sus afiliados progresó extraordinariamente hasta el punto de llegar á intimidar al mismo gobierno.

El ministro ruso conde Oslov denunciábala nuevamente en 1817 como un depósito de materiales inflamables prontos á entrar en combustión al menor chispazo. Estas y otras indicaciones dieron por resultado que se reemplazara al general Pastore, encargado de reprimir el brigandaje y que nunca quiso distinguir entre bandidos y carbonarios, con el general inglés Church, quien, por lo contrario, puso desde luego todo su empeño en separar á las dos asociaciones y en llamar á su lado los carbonarios. Cuando Church creyó haber adelantado en este camino lo bastante, entonces principió la represión sangrienta del bandolerismo, sucediéndose las ejecuciones unas á otras durante algunos meses de 1818, hasta purgar por completo las provincias del Mediodía. Este saludable rigor contribuyó junto con la negativa constante del general, de proceder contra nadie por sus opiniones políticas, á separar por completo á los carbonarios de los bandidos, y á que aquéllos, protegidos indirectamente por la conducta del general, principiassen á tomar color político.

Tan grandes fueron los progresos que en esta dirección hizo en poco tiempo la Carbonería, que ya desde 1817 principiaron sus manifestaciones en favor del régimen constitucional, y sin Gagliardi

de Salerno que contuvo todo movimiento parcial, la Carbonería se hubiera hecho aniquilar, como los bandidos, por su poca consistencia y solidaridad en sus resoluciones.

El gobierno no por esto se intimidó. Creíase fuerte y creía poder dominar todo movimiento poniendo al frente del gobierno y de los mandos político-militares á las muratistas más caracterizados, consintiendo sin escrúpulo la formación de las milicias en aquellos territorios mismos que más habían hurgado la conspiración. A este fin envió á Avellino y Foggia á Guillermo Pepe. Pepe metía á poco á toda su gente en los carbonarios, con lo que hizo de esta asociación un elemento poderosísimo para la represión del bandolerismo que era á lo que ahora aspiraba Pepe.

Sospechoso Pepe por sus antecedentes, sospechoso por sus grandes triunfos en la pacificación del país, pues le bastaron pocos meses para poder decir orgulloso á su gobierno que la seguridad en el distrito de su mando era completa, lo mismo en los campos que en las ciudades, en la corte todo era denunciarlo como un elemento peligrosísimo, y el embajador de España principalmente aconsejaba que se dejaran á un lado todas las consideraciones, pero Médici continuaba inalterable en su sistema de continuar su gobierno absolutista teniendo ocupados y contentos á los liberales.

Gervinius acusa á Pepe de precipitación. Reconociéndole sus grandes dotes de actividad y de energía, las extraordinarias simpatías que tenía en la opinión, la consideración con que le miraba el gobierno mismo, que comprendía que sus milicias eran grandes elementos de progreso y de cultura por lo que restablecían la moral de la clase media, á la que arrancaba de su abyección. Pepe se precipitó dice Gervinius; de haber obrado con más lentitud hubiera ido más lejos y el resultado hubiese sido seguro. Conformes. Pero esto mismo se decía por aquel tiempo de los liberales españoles, como si el escarnio y atropello que se había hecho de la libertad y de las ideas liberales hubiese tenido que dar por inmediato resultado el hacer de los liberales filósofos. Aquellos no eran triunfos de filosofía sino de intolerancia, y la intolerancia no ha hecho jamás sufridos á los hombres.

Pepe, por otra parte, se mostraba lo que siempre había sido. Su ardiente sangre calabresa había hecho de él un republicano exaltado, y sus primeras armas las hizo en las legiones republicanas italianas que Francia organizó para su servicio. Engañado por los franceses, disuelta su legión, hombre civil

cuando ya no podía ser más que militar, Pepe hubo de pensar y obrar como los Pignatelli que conspiraron contra los franceses, pero esta conspiración no dió resultado y ya entonces el ardiente joven principió á entrever que había hombres en la política capaces de jugarse la vida y el honor de sus compatriotas. Así se retiró á la vida privada marchándose á la casa paterna de Squillace, — 1802.

Su natural inquieto y batallador, el triunfo del napoleonismo, la ida del rey José Napoleon á Nápoles le fascinaron, y Pepe, contra el consejo y opinión de muchos de sus amigos, volvió á tomar las armas y se vino con el rey José á España.

Hízose un nombre como militar, y como en su patria no abundaban los hombres de su temple fué llamado ó llevado por Murat á Nápoles, en donde ya en 1814 está al frente de los que quieren imponer por la fuerza á Murat una constitución. Denunciado, pues, y condenado á muerte por dos veces, Murat que sentía por el «salvaje tribuno» la simpatía más vehemente, porque él se contemplaba tal cual había sido antes de ser rey, y tal cual era en los campos de batalla en medio de sus soldados, Murat siempre tenía para él perdón y olvido.

Pero Pepe en la Carbonería no era más que un monárquico constitucional, y en la Carbonería había sus republicanos, y de aquí un antagonismo funesto porque Pepe acusaba á los lucaneses, en donde tenía

su centro la conspiración republicana, de querer ir demasiado lejos. Estas divergencias y competencias eran tanto más peligrosas, cuanto que Pepe quería llegar también por su parte, cuanto antes mejor, al terreno de la acción, pero para ello convenía una unidad de miras absoluta para impedir la desorganización de las fuerzas revolucionarias en el momento del triunfo, que es lo que asegura las reacciones y perturbaciones.

Pepe de esto sabía ya algo. Los republicanos sabían menos. Para éstos Pepe no aspiraba más que al poder para reemplazar á Médici, cuando el general napolitano era como Lafayette, un entusiasta de la libertad, á la que no podía negarle ningún sacrificio. Si, pues, empujaba á la Carbonería á la acción, á pesar de dominar en ella un temperamento constitucional muy moderado, era porque Pepe no quería pasar á los ojos de nadie por un amigo tibio de la libertad, porque se consideraba obligado á dar garantías á los intransigentes y exaltados, cuando por lo mismo que era la cabeza y el brazo de la revolución debía procurar cargar de plomo las alas de la impaciencia.

Si Pepe no tiene tiempo para acabar su obra de resistencia, Pepe solo debe culparse á sí mismo, y Gervinius tiene en este caso razón para reprocharle su debilidad. Si él mismo sabía que no estaba pronto, ¿por qué osar?

